



LOS COLECTIVOS HUMANOS DE TRABAJO O COMUNIDADES LABORALES DE IDENTIDAD

En Chile, según estudios recientes de la OCDE, la fuerza laboral de los trabajadores independientes corresponde al 20%, es decir, aproximadamente 2,6 millones de personas por distintas razones asumen su trabajo en forma autónoma.

Sin embargo, no existen datos ni estudios certeros por rubros, ni se conoce cuántos trabajan en oficios tradicionales, interesantes de ser considerados como comunidades laborales de identidad. La geografía cotidiana de Chile ha determinado oficios ancestrales que se despliegan transversalmente en el país y que son admirados por contener una parte de la realidad nacional, de las tradiciones, de los quehaceres propios de los territorios y los contextos naturales del campo, la montaña, los mares y la diversidad de los rincones de Chile.

Hay oficios que merecen ser cuidados, preservados y acogidos como parte de una categoría laboral de desarrollo socio-cultural y patrimonio cultural de Chile: las comunidades laborales de identidad contribuyen con su trabajo cotidiano a poner en relieve los valores propios de nuestras ciudades, pueblos, barrios e idiosincrasia. Con creces, estas comunidades podrían ser designadas y protegidas no solo como tesoros vivos, sino como sujetos de la historia laboral de Chile, que deben ser incorporados como colectivos locales al desarrollo del emprendimiento y la construcción de nuevas formas de pensar la gestión cultural de Chile.

¿A qué comunidades nos referimos? Sin duda, a aquellas que tienen un fuerte arraigo cultural con los entornos culturales del paisaje geográfico. Los arrieros, las amasanderas de bordes de caminos, talleristas, pescadores artesanales, cantores populares, floristas, artesanos, payadores, criadores de cabras de las majadas, cocineras rurales, de las caletas, canteros, boteros de puerros y caletas, librereros, chinchineros, ceramistas, pequeños productores agrícolas, y tantos otros.

En países vecinos existen experiencias de inclusión bastante notables, donde la vida no se tiene que reinventar cada día, porque los Estados y los gobiernos han creado formas de desarrollo inclusivo, donde la vida cultural está imbricada con la naturaleza, la productividad, el turismo, las exportaciones y, finalmente, con la celebración del trabajo humano de las comunidades.

Estas comunidades son valoradas por la calidad del trabajo y los aportes que realizan; son sujetos que participan de las cooperativas de trabajo, son parte de la vida de una localidad, de un pueblo, de una ciudad, parte del engranaje cotidiano. Las comunidades laborales de identidad están presentes y diseminadas por Chile. Lamentablemente, no son reconocidas como tal, no son incluidas, ni estudiadas, ni apoyadas, ni fortalecidas. No tienen seguridad social, no son apoyadas por líneas de fomento y financiamiento, solo tienen la calidad individual de micro-emprendimiento, que no es más que ser parte del 8% de la cobertura de apoyo de Corfo, Sercotec y Fosis, la deficitaria compensación para los que se quedan fuera de la repartición de la torta, o de las bondades del neoliberalismo criollo.

El patrimonio de Chile son las comunidades laborales de identidad, porque son necesarias a diario para la vida de cada uno de nosotros y para el desarrollo integral de una sociedad. Gestión cultural en serio necesita Chile, planificación, inclusión, desarrollo a escala humana. ■

MAURICIO MORALES ROSAS

Gestor Cultural